

LA UNIVERSIDAD SE REFORMA IV

LOS ESTUDIANTES

Rigoberto Lanz (Comp.)

Claudio Rama

Humberto Ruiz

Reiny Beth Torres

Romina De Rugeris

Freddy Silva

Zulay Díaz

María Belén Dominguez

Daisy D'Amario

Johandry Hernández

Hipólito Piña

Alberto Luis Rodríguez

Kellys Rodríguez

Karina Quintero

Rafael Cordera Campos



Los nuevos estudiantes latinoamericanos en el siglo XXI

CLAUDIO RAMA¹

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL, TAL COMO LO CONCEBIMOS Y LO HEMOS conocido, ha sido un fenómeno característico del siglo XX y que hoy se ha transformado significativamente como resultado de la masificación de la educación superior, el establecimiento de restricciones de ingresos, la diferenciación y diversificación institucional y la transformación del rol del saber en la sociedad del conocimiento.

El movimiento estudiantil nació al albor del siglo XX como expresión de las mayores demandas de democratización de las instituciones universitarias. Fue una compleja expresión de múltiples variables dentro de sociedades que estaban cambiando significativamente como resultado de las migraciones, la inserción de los países latinoamericanos en las dinámicas globales que promovía el capitalismo a escala mundial, y las demandas de los aparatos productivos que requerían la creciente formación de profesionales. Pero más allá de los aspectos sociales y económicos, en el ámbito de lo político, el discurso de la modernidad promovió un rol de los estudiantes como los instrumentos fundamentales de la construcción de una nueva sociedad latinoamericana. Ese movimiento estudiantil que se comenzó a desarrollar en los inicios del siglo XX tuvo su primera y significativa expresión en la Reforma de Córdoba, la cual marcó el eje dominante de las universidades durante el siglo XX al promover la autonomía universitaria y la cogestión, y en los movimientos políticos de las décadas del 20 y del 30 y que se expre-

¹ Director del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC). Las opiniones son personales y no necesariamente representan los puntos de vista de la organización.

saron en la creación de amplios partidos populistas o populares en la región y tuvieron una significativa marca tanto de las banderas y proclamas estudiantiles, como de sus propios líderes.

Hace cien años se publicaba *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó, que dio fuerza y contenido a la Generación del 900 y que expresó la búsqueda de un modelo de unidad latinoamericana y dotó de contenido y objetivos al incipiente movimiento estudiantil, contribuyendo a formar una concepción que sentó las bases de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 al dotar de un objetivo de lucha y de un programa para el movimiento estudiantil, cuya fuerza tuvo vigencia durante casi todo el siglo pasado.

El libro es el discurso a los estudiantes de un maestro en su última clase, quien reclama a éstos que asuman las banderas del cambio social caracterizado por la búsqueda de la unidad latinoamericana, la superación de ser un continente de países compartimentados, la transformación del modelo primario agroexportador mediante el desarrollo de la industrialización, y la conformación de universidades democráticas, autónomas y abiertas a la sociedad.

La generación estudiantil del 900 en América Latina, influenciada por esas banderas positivistas, asumió un discurso industrialista, unitario, idealista, antinorteamericano, levantó los objetivos de la unión aduanera continental y promovió las reformas universitarias buscando la ampliación del acceso y la coparticipación en la gestión. Este proyecto político social, que se encarnará en hombres como Rodó, Manuel Ugarte o Vasconcelos, introduce en los estudiantes el concepto de ser ellos la semilla del futuro de América Latina ya que para ellos los demás grupos sociales tenían intereses y compromisos con el *estatus* de entonces, que se basaba en identidades locales y oligarquías nacionales.

La propuesta de la generación del 900 fue gestada en una América Latina primitiva y aislada que no tenía comercio ni integración política interregional, casi no existían democracias parlamentarias, y donde estaban muy lejos los sueños unitarios de los libertadores de las independencias nacionales, y donde las estructuras universitarias eran absolutamente elitistas, para los hijos de los pequeños grupos dominantes, con un fuerte peso religioso en las cátedras y ausencia de participación en la vida universitaria por parte de los estudiantes urbanos, blancos y hombres.

Los objetivos de democratización, integración e industrialización, en un continente que apenas había dejado el esclavismo y las endémicas guerras civiles, cuya producción era totalmente de productos agropecuarios, de base rural, con mínimos niveles de urbanización, resultaban fuertemente utópicos pero fueron eficaces movilizadores para los nuevos emigrantes que arribaban a nuestros pueblos y para amplios sectores sociales cuyos hijos estaban marginados de la educación, especialmente de la terciaria. Esta idealidad de la unidad latinoamericana será la base de los múltiples congresos latinoamericanos de la primera mitad del siglo, en los cuales se formaron los nuevos líderes democráticos latinoamericanos posteriores a la crisis del 29, y cuyo mayor exponente intelectual fue Haya de la Torre en Perú.

Los congresos estudiantiles mundiales convocados en México por Vasconcelos, y que contribuyeron a la creación de un discurso estudiantil latinoamericano, constituirán referencias importantes que abonarán el camino hacia la Reforma de la Universidad de Córdoba en 1918, la que constituirá un hito en la evolución posterior de la educación superior en América Latina y el Caribe al levantar las banderas de la autonomía universitaria, la masificación del acceso, la necesidad del desarrollo del Estado y de la industria en un contexto de una futura integración continental.

El movimiento estudiantil latinoamericano desde sus inicios se orientará hacia dos direcciones, una más posicionada hacia la política y una segunda, que sin separarse de una acción social, centra su actividad en los procesos internos de la universidad, y dentro de ella fundamentalmente en la participación y en el acceso. Ello en proceso de retroalimentación mutua que construirá la universidad pública del siglo XX, ampliamente marcada por la política y lo político.

Ambos procesos –universidades públicas luchando por la autonomía, el cogobierno, la gratuidad y la laicidad, y partidos populistas promoviendo la democracia política y social en la región– constituyeron los ejes dinámicos en toda América Latina durante una parte significativa del siglo XX. Dichas variables –universidades autónomas y sistemas democráticos– tuvieron los ejes centrales que promovieron la masificación de la educación, que se inició en la educación básica, se continuó en la educación media y finalmente se inició en la educación superior, que dejó de ser en casi toda la región un sector de élite para, en distinta proporción, pasar a constituirse como sectores más amplios.

La demanda de educación superior ha estado asociada a un amplio conjunto de variables, entre las cuales cabe destacar la búsqueda de movilidad social de amplios contingentes poblacionales y las estrategias de sobrevivencia de los hogares que optaron por la educación como mecanismo para incrementar sus ingresos en el mediano plazo. Igualmente un aparato productivo que si bien requería la formación de nuevos contingentes profesionales, siempre estuvo rezagado de las demandas de las personas que fueron finalmente las que promovieron los cambios en las instituciones universitarias.

Hasta mediados de la década de los sesenta los gobiernos habían respondido en parte a dichas demandas, a partir del incremento del acceso a través de la dotación de más recursos financieros con diversa intensidad en función de las diversas restricciones presupuestarias. Sin embargo, ya en los sesenta, con la expansión de la educación media, las necesidades se hicieron muy superiores y esa respuesta no logró aplacar ni detener la formación de un nuevo levantamiento estudiantil que tuvo una vasta eclosión en todo el mundo. Mayo del 68 en Francia, o Tlatelolco en México, al igual que en otros países, si bien tuvieron sus propias causalidades en fenómenos y procesos políticos al interior de los países, expresaron un agotamiento del modelo universitario y constituyeron el punto de cambio de las políticas públicas en materia de educación superior, y también el cenit y el inicio de la desaparición del movimiento estudiantil de antaño, de ese de los estudiantes de tiempo completo, varones, blancos, de las grandes ciudades y de las clases acomodadas.

Anteriormente las universidades públicas habían tratado de responder a las demandas estudiantiles por un mayor acceso a través del incremento de la oferta, pero ahora se iba a promover una amplia diferenciación de las opciones educativas como modalidad de acceso, y el establecimiento de mecanismos de restricción y orientación de los ingresos, lo cual ha terminado construyendo complejos sistemas universitarios altamente diversificados para atender a demandas cada vez más específicas y segmentadas, y estructurando no uno, sino varios movimientos estudiantiles.

La radiografía del epifenómeno nació en el propio París, en la cuna del movimiento estudiantil de mayo del 68 en la Universidad de la Sorbonne, ya que luego de las revueltas y de la caída de De Gaulle, ella fue dividida en varias universidades, mostrando no sólo el intento de

fracccionar un movimiento estudiantil, sino una realidad social que estaba demandando y exigiendo una apertura institucional que condujera a una significativa diferenciación de opciones educativas.

En el contexto posterior de los sesenta un nuevo camino universitario se estructuró a partir de la diferenciación y diversificación institucional, en el cual los exámenes y cupos acompañaron y articularon la viabilidad de esa diferenciación. Las universidades públicas y las privadas; las universidades y los institutos o colegios universitarios, las universidades religiosas o las universidades con fines de lucro, las universidades autónomas y las universidades no autónomas, el pregrado y el postgrado, etcétera, son parte de un vasto movimiento de diferenciación institucional, que si bien no tiene sus raíces en los movimientos estudiantiles, encontrará en las demandas y rebeliones de éstos el acicate significativo para su gestación y posterior consolidación.

La diferenciación institucional es resultado básicamente no sólo del ajuste de las instituciones a las demandas cada vez más segmentadas de las personas, sino a una creciente división social y técnica del trabajo que conduce a una división de las funciones académicas al interior de las instituciones universitarias. Las disciplinas, con sus respectivos currículos, se conformarán así como las ofertas específicas para producir un equilibrio complejo frente a las múltiples demandas sociales de estudiantes, empresas, sociedad, saberes, etcétera.

Algunos elementos políticos se agregan a dicho complejo proceso en la década de los sesenta, cuando al calor de la revolución cubana y de una radicalización de las capas medias y universitarias se produjeron fuertes eclosiones estudiantiles en toda la región latinoamericana, y éste asumió claramente banderas políticas asociadas al cambio social, inició un camino de radicalismo y tomó el camino de la acción política, vía un acercamiento a los partidos, o la transformación del movimiento estudiantil en un movimiento armado de tipo foquista y abandonando totalmente la otra vertiente corporativa de carácter gremial y reivindicativa.

Tal proceso llevó no sólo a la radical separación de los cuadros dirigentes de las bases estudiantiles, a dotar a los partidos políticos de una mayor base universitaria, sino que además condujo al holocausto del movimiento estudiantil y a la desaparición de éste del escenario social latinoamericano, al haberse transformado en un actor político nacional justo en el mismo momento en que su base social y su propia confor-

mación estaban comenzando a modificarse sustancialmente. La búsqueda de transformación de un movimiento social en un movimiento político en los sesenta, del pasaje de una concepción del accionar de tipo reivindicativo a uno de tipo exclusivamente político, condujo a la instrumentación de acciones que tenían por norte, no la transformación de la Universidad, sino el promover los cambios nacionales. El resultado fue complejo: el movimiento estudiantil dejó de ser un actor educativo para transformarse en un actor político. Tal proceso estuvo también asociado a un cambio societario aún más importante, por cuanto en los últimos veinte años el panorama de la educación universitaria en la región cambió sustancialmente y, con ello, también las características mismas del estudiantado.

En efecto, las profundas transformaciones ocurridas en las universidades latinoamericanas, expresadas en un proceso de masificación, feminización, privatización, regionalización, diferenciación y segmentación, sumado a los propios cambios de esas sociedades sumidas en un proceso de urbanización, transformación productiva y apertura económica, modificaron sustancialmente el rol y las características de los estudiantes.

La diversificación institucional se expresará a su vez en una creciente diferenciación social de los estudiantes terciarios. El proceso de feminización estudiantil fue tal vez una de sus primeras expresiones. El tradicional movimiento estudiantil latinoamericano, de carácter urbano, masculino y de estudiantes no trabajadores, desapareció como realidad social al comenzar a masificarse el acceso.

Dentro del significativo proceso de diferenciación institucional, que se va a expresar en cambios en el perfil estudiantil, queremos centrar cuatro aspectos asociados a la feminización de los estudiantes, el desarrollo de un estudiantado que paga por sus estudios, un estudiantado de escala nacional, un estudiantado de los institutos no universitarios, de distinto perfil social y de dedicación; y un estudiantado profesional, localizado en los postgrados y marcado por la educación permanente.

LA NUEVA MAYORÍA ESTUDIANTIL: LAS MUJERES

Al inicio del siglo XX la discriminación según género ya no constituye en América Latina un obstáculo al derecho a la educación superior. Esta

iniquidad, que antes era muy significativa en la región, se ha ido reduciendo fuertemente, al punto de desaparecer al interior del sistema educativo para todos los ciclos y especialmente en la educación superior. Más aún, en este ciclo se manifiesta una mayoría de cobertura por parte de las mujeres y niveles muy superiores de egresos, lo cual pudiera plantear inclusive la existencia de una nueva iniquidad asociada al género masculino. Los hombres ingresan menos que las mujeres y tienen además tasas de deserción o abandono más altas. Este proceso, fuertemente expandido en la región, parece estar asociado a un ingreso más temprano a los mercados laborales de los varones; a una significativa urbanización, que promueve también la emigración de las mujeres del campo a la ciudad al haber menos empleo femenino en el mundo rural; a una mayor disposición de los hogares a sacrificar rentas para promover una mayor escolarización de las mujeres; y a una estructura de las remuneraciones de los mercados salariales que remuneran inferiormente a las mujeres para los mismos niveles de tareas y de formaciones, presionando a éstas a una mayor escolarización para obtener los mismos niveles salariales. La feminización de la matrícula terciaria está asociada también a la estrategia de supervivencia de los hogares, que ha llevado a una mayor participación relativa de las mujeres en los mercados laborales. Esta situación ha determinado que el género ya no es un discriminante y estratificador al interior de la educación superior como lo era anteriormente. Fue la diversificación pública, la expansión de la educación privada, la flexibilidad de horarios, el desarrollo de nuevas carreras, la expansión de las instituciones no universitarias y la regionalización de la educación superior producida en los 80 y los 90, lo que contribuyó fuertemente al incremento de la cobertura femenina en la educación superior, y que al determinar que el género no sea hoy un factor de restricción en el ingreso a la educación en ninguno de sus niveles, y mucho menos en la educación superior en América Latina, también ha incidido en la feminización estudiantil, en el nacimiento de un nuevo estudiantado.

La cobertura de las mujeres, que alcanzó a 48% en 1997 para toda la región ha seguido creciendo, calculándose que superó el 52% en el año 2003. Los datos son significativos y homogéneos: Chile: 47,3% de cobertura femenina en el 2002; Venezuela: 60,31% (1999); México: 50% (2000); República Dominicana: 62,6% (2002); Brasil: 56,28% (2001); Cuba: 60,6%

(1999); Costa Rica: 53,1% (2001); Uruguay: 61,2% (2001); Argentina 58,24% (2000).

**PORCENTAJE DE MUJERES MATRICULADAS EN ENSEÑANZA SUPERIOR
(1950-2003)**

| Años | 1950 | 1960 | 1970 | 1980 | 1990 | 1997 | 2003 |
|----------------------------|------|------|------|------|------|------|------|
| América Latina y el Caribe | 24 | 32 | 35 | 43 | 49 | 48 | 52 |

Fuente: Informe sobre la Educación en el Mundo, Unesco 2003, y diversos informes sobre género en la educación superior en América Latina, IESALC

Tal cobertura parece además distribuirse homogéneamente, igual que la de los hombres, en función de los niveles de ingresos familiares, reafirmando claramente que la iniquidad descansa en los niveles de ingreso y no en los aspectos culturales asociados al género.

LA EXPANSIÓN DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR PRIVADA

La expansión superior privada se inicia significativamente desde los años 60, como resultado de las limitaciones presupuestales sufridas por los gobiernos latinoamericanos para cubrir las nuevas demandas de educación, y las demandas de los sectores sociales altos para estructurar una educación de élites. Esa mercantilización de la educación superior se expresó en una creciente creación de instituciones privadas, las cuales compitieron a través de múltiples mecanismos para captar una parte creciente de los nuevos estudiantes. Las modalidades de competencia contribuyeron decididamente a abrir espacios de acceso que permitieron el ingreso de nuevos estudiantes con perfiles sociales, culturales, geográficos y económicos diferentes a los tradicionales patrones.

Pero más allá de las élites, los sectores de ingresos medios y bajos tuvieron, a través de los mecanismos de selección, restricciones al libre ingreso. Ello incentivado por el propio modelo autonómico basado en la cogestión universitaria, que fue generando un conjunto de beneficios para los trabajadores y profesores que dificultaron fuertemente la apertura de cursos nocturnos en muchas de las tradicionales instituciones universitarias. La expansión del sector privado buscó encontrar nichos

de mercado para su expansión y por ello promovió la oferta de cursos nocturnos e inclusive sabatinos, lo cual permitió el creciente acceso de estudiantes trabajadores con distintos perfiles sociales. Sin embargo, han sido las restricciones financieras sobre las instituciones universitarias públicas la determinante central que articuló la expansión de la educación privada que se focalizó en la absorción de la demanda de aquellos que no podían ingresar a la educación gratuita. El tradicional perfil estudiantil de dedicación exclusiva y mantenido por su familia, comenzó a cambiar radicalmente hacia un estudiante que crecientemente trabajaba para mantener sus estudios. El establecimiento de los exámenes de ingreso de aptitudes ha contribuido a una fuerte elitización de los estudiantes de las universidades públicas, ya que los mecanismos de ingreso privilegian a los sectores de mayor *stock* de capitales culturales.

Las diversas determinantes referidas, produjeron en toda la región el notable y continuo proceso de expansión de la educación privada: en 1960 ésta representaba el 16% de la matrícula regional, pasó a 32% en 1985, saltó a 45% en 1994, continuó trepando para alcanzar 50% en el año 2000 y al parecer llegar a 52% para el año 2002, que es cuando comenzó a descender. Sin embargo, más allá de detalles, la educación superior privada ocupa a la mitad de los estudiantes universitarios, lo que ha implicado un cambio significativo en el perfil y estructura del estudiantado y de sus expresiones gremiales.

LA EXPANSIÓN LA REGIONALIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN TERCARIA

La década del sesenta promovió un significativo proceso de regionalización de la educación superior que también alteró el perfil del estudiante tradicional. Antiguamente los estudiantes del interior tenían que desplazarse a las capitales departamentales o nacionales para continuar sus estudios e ingresar a las universidades. Ese complejo proceso restringía y elitizaba la cobertura educativa, al interior de los países. Sin embargo, desde los años setenta, como resultado de la democratización de América Latina y de la irrupción de ofertas privadas en el interior de los países, se fue creando una amplia cantidad de instituciones universitarias y no universitarias que han promovido la existencia de un vigoroso proceso de regionalización –todavía en curso– de la educación superior. En los años ochenta y noventa, además la expansión de sedes y subsedes de las universidades –tanto públicas como privadas– ha

continuado permitiendo la expansión de la cobertura de estudiantes de las diferentes regiones de los países. Tal proceso de regionalización implicó dar a los estudiantes un espacio nacional y no meramente en algunas ciudades o en las capitales nacionales. Las migraciones estudiantiles, expresión de las inequidades de acceso, pasaron a localizarse más fuertemente en los niveles de postgrado, en las ofertas que no existían en las regiones, o en la búsqueda de altos estándares de calidad que no se daban siempre en las universidades regionales.

La descentralización y regionalización de los Estados –fenómeno aún en curso y en debate– constituyó el segundo momento del empoderamiento de la sociedad, en este caso de las regiones, de los poderes económicos y sociales localizados en las regiones respecto al Estado. Los nuevos parlamentarios, los nuevos grupos de poder en el marco de modelos económicos que volvían al eje primario exportador ante la crisis de los modelos de sustitución de importaciones, así como los nuevos estudiantes de las regiones gestados por la expansión de la educación media, presionaron esa regionalización de la educación superior, tanto pública como privada, que se está dando en toda la región.

**VENEZUELA - PORCENTAJE DE COBERTURA REGIONAL
DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR**

| | 1970 | 1980 | 1990 | 2000 |
|----------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Región Capital | 51% | 37% | 29% | 24,7% |
| Resto | 49% | 63% | 71% | 75,3% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

En Perú, Argentina, Bolivia, Venezuela y Brasil, la fuerte demanda regional por acceso a la educación superior pública se expresó en la creación de nuevas instituciones públicas. En otros casos, como México, Guatemala, República Dominicana y Honduras, la respuesta se expresó además en la regionalización de las grandes instituciones universitarias públicas. La UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), por ejemplo, hoy tiene 30% de su enorme matrícula fuera del DF en sus 32 subsedes, al igual que la UASD (Universidad Autónoma de Santo Do-

mingo), cuyo 31% de la matrícula (45 mil estudiantes) están localizados en ocho sedes fuera de la capital.

En Brasil, por su parte, entre 1990 y el 2000 la tasa de crecimiento de la educación universitaria fue superior en las regiones más marginadas, mostrando el inicio de un cambio en la tendencia histórica de concentración en la región sudeste, aun cuando ella acapara el mayor peso de instituciones y matrícula universitaria, en forma muy superior a la cobertura poblacional a escala nacional. La diferenciación pública, sin embargo, en la mayor parte de los casos también se expresó en una diferenciación de niveles de calidad entre las tradicionales instituciones universitarias autónomas y las nuevas instituciones, que muchas veces nacieron con menores presupuestos, menos exigencias de calidad, inferiores cuerpos docentes, etcétera.

BRASIL - COBERTURA REGIONAL DE LA MATRÍCULA UNIVERSITARIA 1990-2000

| REGIÓN | INSCRIPCIONES MATRÍCULA 1990 - % | INSCRIPCIONES MATRÍCULA 2000 - % | CRECIMIENTO ANUAL INSCRIPCIONES MATRÍCULA 1990-2000 - % | % IES 2000 |
|--------------|--|--|---|------------------|
| Norte | 3,75% | 5,39% | 2,88% | 3,9% |
| Noreste | 15,96% | 18,33% | 2,3% | 13,3% |
| Sur | 15,86% | 16,54% | 2,09% | 14,9% |
| Sudeste | 56,91% | 50,97% | 1,79% | 56,1% |
| Centroeste | 7,49% | 8,74% | 2,34% | 11,4% |
| Total | 100% | 100% | 2% | 100% |

LA EXPANSIÓN DE LOS INSTITUTOS NO UNIVERSITARIOS

La diferenciación de las instituciones entre universitarias y no universitarias constituye otra de las características dominantes en casi todos los países de la región. Estos dos sectores expresan además grados diferentes de privatización, de financiamiento, de feminización, de diferen-

ciación social, de calidad, de equipos docentes, de autonomía institucional y de demandas sociales. En estos institutos universitarios las mujeres tienden a ser más numerosas que los hombres; la incidencia del sector privado es más significativa que en el sector propiamente universitario; los estudiantes son procedentes de sectores sociales pertenecientes a menores quintiles de ingresos que la población universitaria; las competencias están asociadas a demandas técnicas con mayor empleabilidad; y los tiempos de estudios son significativamente más reducidos que en el sector universitario.

MATRÍCULA DE EDUCACIÓN SUPERIOR POR SECTORES - 2000

| PAÍS | SECTOR NO UNIVERSITARIO | SECTOR UNIVERSITARIO |
|------------|-------------------------|----------------------|
| Argentina | 25% | 75% |
| Chile | 17% | 83% |
| Paraguay | 36% | 64% |
| Perú | 46% | 54% |
| Uruguay | 21% | 79% |
| Venezuela | 33% | 67% |
| Bolivia | 7% | 93% |
| Colombia | 18% | 82% |
| México | 3% | 97% |
| Costa Rica | 17% | 83% |

La diferenciación entre las instituciones universitarias de cinco años, orientadas a la formación de competencias generales, altamente teóricas, está siendo confrontada crecientemente por estas nuevas modalidades. Con una alta variación de definiciones como colegios universitarios, politécnicos, institutos universitarios, instituciones no universitarias, colegios profesionales, etcétera, ellos están significando la formación de una educación terciaria, en su mayoría carente de mecanismos eficaces de control y supervisión, de ausencia de procedimientos de aseguramien-

to de la calidad, de reglas de carrera docente y que se están conformando como válvulas de escape para los recorridos postsecundarios, ya que las universidades públicas requieren altos niveles de *stock* de capital cultural para el ingreso a ellas, al tiempo que el sector universitario privado requiere altos niveles de ingresos económicos para poder realizar los estudios.

Así los institutos no universitarios, tanto públicos pero sobre todo privados, están significando el espacio de cobertura para los sectores de menores ingresos económicos y de menores niveles de *stock* culturales. Los estudiantes de estas instituciones parecen mostrar una mayor proporción de mujeres, de mayor intensidad de horarios nocturnos, de una población trabajadora de los estratos C y D, de una menor tasa de abandono y deserción y de instituciones más pequeñas con menores niveles de calidad.

LA EXPANSIÓN DE LOS POSTGRADOS

En 1960, la región tenía una cantidad aproximada de medio millón de estudiantes a nivel de pregrado¹. Hoy, los estudiantes sólo de postgrado alcanzan a la totalidad de los estudiantes existentes en la región 40 años atrás. Los diversos indicadores muestran que en los 2000, América Latina alcanzó a tener un poco más de medio millón de estudiantes universitarios de postgrado². Morles y León los fijan en 493.066, que para ellos representan 8,67% de los estudiantes totales, que fijan en 9.513.161 para ese año. Para inicios del siglo, con 6 millones de profesionales realizando estudios de postgrado en todo el mundo, la región participaría con cerca de 8% de los estudios de postgrado a escala global. Según los datos, para entonces la población estudiantil fue del entorno de 11,6 millones, lo cual significaría que los estudiantes de postgrado representaban 4,3%. Entonces habría que agregar los estudiantes de postgrado de América Latina que estudian fuera de la región, fundamentalmente en universidades de Estados Unidos y de Europa. Hay 122.949

¹ Brunner, José Joaquín. *Universidad y sociedad en América Latina: un esquema de interpretación*, CRESALC, UNESCO; Caracas, 1985.

² Morles, V. y León, J.R. «La educación de postgrado en Iberoamérica», en *La gestión del postgrado en Iberoamérica. Experiencias nacionales*, Asociación Universitaria Iberoamericana de Postgrado, Salamanca, 2003.

estudiantes latinoamericanos estudiando en el extranjero, 98.842 de los cuales se localizaban en USA, Alemania, España, Francia y Reino Unido. La mayor parte probablemente sean estudiantes de postgrado. Varios miles más corresponden a estudiantes residenciados en la región que estudian bajo la modalidad de educación virtual de instituciones extranjeras y que no están registrados claramente en las estadísticas aún. Se calcula que para el año 2002 había en la región 164.527 alumnos, que representaban 1,3% de la matrícula total. Estos estudiantes adicionales pudieran permitir suponer que los cursantes de postgrado alcanzan a 5,5% del total de estudiantes latinoamericanos. Por su parte, los egresados en el año 2000 alcanzaron a casi 700 mil estudiantes latinoamericanos, siendo aproximadamente la misma cantidad que los estudiantes de postgrado. Lo anterior significa que la tasa de graduación a nivel de pregrado está en el entorno de 6% del total de estudiantes, muy cercana al porcentaje de los estudiantes de postgrado en el total.

La diferenciación de las instituciones de educación superior como respuesta a las nuevas demandas también se produjo al interior de los postgrados, en este caso en un ciclo que conduce a títulos certificados dados por especialización, maestría y doctorado, como a los ciclos de estudios no conducentes a titulaciones acreditadas como los diplomados.

Los diversos estudios indican la compleja especificidad de los estudiantes de postgrado. Constituyen éstos una élite con características muy particulares en tanto son un grupo seleccionado fundamentalmente con base en calidad, ya que el prolongado proceso de selección que precede al ingreso en los diversos niveles de los postgrados va generando un sector altamente elitista. Además de ello, la casi totalidad de estos estudiantes están insertos en dinámicas laborales. Ello tanto en el sector privado como en el sector público, dado que la amplia mayoría de los postgrados de las universidades públicas no son gratuitos y sus matrículas están determinadas por criterios de recuperación y políticas de autofinanciamiento. El esquema tradicional de la región, marcado por la casi ausencia de becas, el hecho de estar insertos en dinámicas laborales sus estudiantes y la baja dedicación en tiempo de los estudiantes de postgrado, son características adicionales que marcan el perfil de estos profesionales-estudiantes. Los estudiantes de postgrado constituyen, además, una población adulta joven con un alto rango de diversidad y

con una mayor presencia masculina, y sus actuales tendencias se manifiestan desde los comienzos³.

Por su parte, los diversos indicadores muestran que si bien se mantienen las determinantes de selección de estudios en función de motivaciones académicas, sin embargo es mucho más marcado el peso de las motivaciones laborales o de certificación en las determinantes de los estudios. En estos casos, las diversas teorías sobre el capital humano son más eficientes a la hora de estudiar el comportamiento de estos estudiantes. Los datos discrepan de la hipótesis de Grodzin, que sugiere que los estudiantes de postgrado son aquellos que no logran ingresar a los mercados de trabajo por bajos niveles de aceptación, ya que la mayoría de los estudiantes de postgrado trabajan, y sólo una ínfima proporción son mantenidos totalmente por sus núcleos familiares. Más aún, los nuevos escenarios de la sociedad del conocimiento, la creciente competencia en los mercados laborales y la masiva renovación de los saberes marcan las bases de una educación permanente a lo largo de la vida, que se estructura sobre una educación general básica universitaria y el desarrollo posterior de recorridos hacia diversas competencias profesionales sintonizadas con los requerimientos de los mercados laborales. Esas dos determinantes marcan también la mayor movilidad de los estudiantes de postgrado, la alta segmentación de ese ciclo de estudios y la utilización de nuevas modalidades pedagógicas y nuevas tecnologías de información para apropiarse de esos saberes en escenarios globales. La categoría de estos estudiantes de postgrado es hoy colectiva en un mundo donde la educación permanente es un requerimiento de las personas y de las economías, donde la atención a lo global es un requerimiento en un mundo donde la calidad, o la preservación del empleo, son también planetarios. Así, la pertinencia también hace a los estudiantes de postgrado diferenciados, ya que los ejes de sus saberes tienen un componente externo inserto en redes globales de saberes.

Estas variables inciden significativamente en las características de individualización de los estudiantes de postgrado, su fuerte movilidad internacional, su alta predisposición hacia la educación virtual, el hecho de ser estudiantes de tiempo parcial ya que la inmensa mayoría trabaja.

³ Klubitschko, Doris. «Postgrados en América Latina. Investigación comparativa: Brasil, Colombia, México y Venezuela», CRESALC, Caracas, 1980.

UN NUEVO MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN EL SIGLO XXI

Todo lo anterior ha llevado al nacimiento de una nueva realidad estudiantil más exigente, más competitiva, menos elitista, más plural, altamente diversa, con un estudiante mucho más diferenciado por sus recorridos sociales preuniversitario y por los tipos de instituciones y niveles de calidad en los cuales realizan sus estudios terciarios. Han dejado de ser sectores de élites, expresan una significativa diferenciación social, geográfica y de género. Este nuevo escenario prohíbe que hablemos de un movimiento estudiantil propio, sino de muchos movimientos estudiantiles que varían por su condición social, étnica, cultural o religiosa, por el tipo de institución en el cual se forman, por la localización geográfica de las instituciones de educación superior, o inclusive por sus culturas organizacionales.

Estamos en un escenario marcado por una multiplicidad de movimientos estudiantiles, algunos más corporativos o gremiales, otros más político-culturales, otros más orientados a la defensa de niveles de calidad de vida o estilos de vida. Coinciden los estudiantes guerrilleros con los encapuchados, con los que promueven las reformas y el mejoramiento de la condición de beneficios de los estudiantes, con los preocupados de la vida académica, con los de las libertades de grupos minoritarios o con los niveles de preservación del medio ambiente y el respeto del ecosistema y la diversidad, todo lo cual plantea enormes dificultades en la conformación de propuestas y plataformas comunes.

Asistimos a un nuevo mundo universitario pautado por la variedad de los movimientos sociales, por la individualización y segmentación de los intereses, muchos de los cuales son contradictorios e irreconciliables, como los de los movimientos por /o contra el aborto. Pero también en este nuevo escenario, muchas de las viejas banderas han dejado de tener importancia. La participación estudiantil es un hecho, al menos en la educación pública, y aún hoy, ésta aparece como una reivindicación corporativa en un escenario de múltiples intereses al interior de las instituciones de educación superior, cada una de las cuales con su particular interés corporativo. Nadie puede hoy atreverse a negar que los estudiantes tengan derecho a organizarse, a tener representantes y que esa participación se deba garantizar. Mucho menos, que los estudiantes y sus necesidades deben ser el centro de la preocupación y atención de los responsables universitarios.

La sociedad del futuro es la sociedad de la información, de un mundo global de educación permanente, con crecientes niveles de flexibilidad, con una más fuerte relación entre el saber y la producción, con fuertes requerimientos de conectividad para participar en la era del acceso y en las redes de información, y una mayor exigencia de calidad y pertinencia de la educación superior. Este nuevo escenario plantea nuevos dilemas al movimiento estudiantil como canalizador de las demandas de los estudiantes, y como referencia social de quienes tienen, por su edad y su relación con la producción, una visión propia y distinta del resto.

El siglo XX fue el siglo de la Reforma de Córdoba de 1918. El nuevo siglo XXI aún espera un proyecto que unifique los caminos de un movimiento social que es plural, diverso y complejo, en una sociedad que igualmente es cada vez más diferenciada en un mundo global. La difícil tarea será conformar un espacio común estudiantil en un nuevo contexto marcado por la existencia de múltiples estudiantes, por una fuerte segmentación de las instituciones, por una diferenciación exponencial de las carreras, por una creciente importancia de la educación privada, por un estudiantado de tiempo parcial más apático, trabajador y fuertemente preocupado por su titulación y su inserción en los mercados de trabajo. Allí están los dilemas de un nuevo movimiento estudiantil que deberá superar el fracaso de la politización radical, que deberá saber moverse en el nuevo contexto social, que deberá reconocer la aparición de un nuevo estudiantado, no ligado a las banderas políticas y de cogobierno universitario de antaño, sino más cerca de considerarse además de estudiantes, como alumnos, trabajadores, consumidores, empresarios, profesionales o clientes, y cuyos intereses parecen estar más ligados a la defensa de sus específicos intereses asociados al servicio educativo y a sus múltiples culturas de pertenencia. Tal vez llegó la hora de que los estudiantes se interesen en sus propios temas y problemas reales, y no en los de otros, marcando así la muerte del movimiento estudiantil, o como muchos esperamos, llegue la hora de nuevos y múltiples movimientos estudiantiles, sin los cuales algo faltará para que se realicen las necesarias reformas universitarias en América Latina.